

Entre realidad y ensueño

Vicente Guarner

Estoy sentado en una banca de la iglesia de San Pedro, Sant Pere en catalán, de Prades. Han sido muchos kilómetros de montañas y de espesos bosques que con nuestra furgoneta ha conducido, como gran experto que es, mi amigo, el destacado periodista Pepe Barrenechea. Hemos viajado él y Tere, su mujer, y yo con Alicia, a cumplir dos deseos. Primero visitar la tumba de Antonio Machado y después seguir a Prades bajo los pasos de Pau Casals: “De toda la memoria sólo vale el don único de evocar los sueños”.

El poeta castellano está enterrado a la entrada del cementerio de Colliure, un bello pueblo francés a orillas del Mediterráneo, donde los Pirineos orientales se desvanecen en el mar. La tumba, al ras del suelo, es austera. Una lápida de cemento gris dice: *Ici repose Antonio Machado mort en exil le 22 février 1939*. Y más abajo está escrito el poema inmortal:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo ligero de equipaje
casi desnudo como los hijos de la mar.

La tumba está casi cubierta de feos adornujos que van dejando a su paso los visitantes. Por fortuna, una buena proporción son flores, por más que hay hasta muñecos de peluche. Alicia no quiere que seamos menos y me pide que le dejemos una tarjeta con algo escrito. Pongo en ella unas líneas del propio poeta:

Y te mandaré mi canción:
Se canta lo que se pierde
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.

Dejo caer la tarjeta con una furtiva lágrima de cada uno de nosotros dos y una flor de retama que he arrancado en el camino.

Al cruzar la puerta del cementerio surgió en mi mente, no sé por qué, una de las estrofas del poema que escribiera don Antonio a la muerte de Federico:

Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara...

El Rosellón es una región histórica de Francia que corresponde, por una parte, a los territorios de los condados catalanes del Rosselló y otra a los de Cerdeña, cedido todo a Francia en el tratado de los Pirineos de 1659. En la actualidad constituye, prácticamente, lo que los franceses llaman los Pirineos orientales y forma parte de la región del Languedoc-Roussillon. También se conoce a esta zona como Catalunya Nord o Cataluña septentrional. En francés muchas veces se le llama, todavía, *Le Pays Catalan*. Y aún se habla algo de catalán, particularmente entre la gente mayor, si bien resultan muy pocos los jóvenes que lo practican. Desde 1700 lo prohibió tajantemente Luis XIV, al grado de hacer nulos todos los documentos oficiales escritos en dicho idioma. Así que, además de Franco, ha habido otros franquitos a lo largo de la historia.

El territorio del Rosellón queda dividido en tres distritos —*arrondissements* en francés—: Perpiñán, Prades y Céret.

Por la tarde llegamos a Prades, un pueblito ordenado, sigiloso y limpio al aire de las montañas pirenaicas. Nos dirigimos al *relais* que hemos escogido para pernoctar, el Château de Riel, en la cima de una montaña y envuelto por un espeso bosque de pinos. Un lugar bellísimo. Nos dan dos hermosas habitaciones, como una

especie de *bungalows*, en pleno campo, separadas por unos metros del *château*.

Abandonamos nuestras pertenencias y bajamos, rápidamente, al pueblo. Lo primero que hacemos es buscar la casa donde vivió Pablo Casals. No nos costó mucho trabajo, porque uno se encuentra con el músico a cada paso, por todos los rincones de Prades. De la casa sólo queda la puerta de hierro y un letrero que dice: “Aquí se construirá el museo de Pablo Casals”. Como decía antes, se tropieza con él por todos los rincones: aquí una estela, allá un busto, en la otra calle su nombre o un monumento. Y la verdad es que Prades, de ser sólo un pueblo bello, pero anodino, pasó a convertirse, gracias a él, en un gran centro musical.

Pero hay algo que está intacto desde hace siglos y que siempre he ansiado conocer, pues en él se iniciaron y continúan hasta hoy los festivales de música de Prades.

Llegamos caminando a la plaza central y nos encontramos con la Iglesia de San Pedro (Esglesia de Sant Pere). El templo es una combinación de románico y gótico, de bellísima estructura, que fue construido en el siglo XVII (1606-1696) sobre la base de una iglesia románica del siglo XII. En realidad representa una gran nave acompañada de pequeñas capillas a ambos lados. Resalta el soberbio retablo principal, esculpido en madera por el artista catalán Josep Sunyer que se estableció, junto con su hermano, en Prades a fines del siglo XVII. Sunyer dedica su obra a san Pedro inspirado en el Concilio de Trento donde se reafirmó la misión de la Iglesia y del Papa. Es uno de los retablos más bellos que posee Francia. Sunyer era un artista que no aspiraba sólo a darle a sus obras el placer de deleitarse con la fastuosidad sino que procuraba que fuesen también la expresión de una ofrenda a Dios dotándolas de un pensamiento teológico. ¿Por qué nuestro afán de venir directamente a Sant Pere?, pues porque —como todo el mundo sabe— precisamente aquí, Pau Casals, con

su cello, inició los festivales de Prades y que en su ausencia se siguen festejando con músicos de todo el mundo.

A la muerte de Casals, violoncelista, director de orquesta y compositor de *La canço des ucells* (*La canción de los pájaros*), del *Pesebrey* del *Himno de las Naciones Unidas*, entre muchas obras, los festivales se continúan dando en Prades y en Puerto Rico, donde falleció. El festival de Prades sobrevive, indeleble, en todo el mundo de la música.

Sentado en una banca de la iglesia cierro los ojos y me parece que escucho la *Suite No. 6 para cello* de Juan Sebastián Bach. Indefectiblemente, cuando escucho música de cámara lo hago con los ojos cerrados para que nada distraiga mis cansados oídos ni mi sentimiento y no vuelvo a abrirlos hasta que la música ha finalizado. Ahora, al terminar la suite, los abro y me encuentro en la biblioteca, como si nada hubiese acontecido. Habrá sido un simple sueño estar en la nave de Sant Pere o será un sueño aquello que en este instante me está sucediendo y la verdad es que nunca en la vida he dejado de estar sentado frente al altar de Josep Sunyer escuchando tocar a Pau Casals. Entre la imaginación y la realidad no hay más que una fracción de segundo, un mínimo giro de los talones como en el buen tore o. Cuando la imaginación es fructífera deja a un lado el mundo real. Cuando la realidad es maravillosa, la imaginación se apaga, se siente obligada a cederle su lugar a aquella. La vida es *ansí* como decía don Pío Bañal o *adsic* en latín, un constante transitar entre la realidad y la fantasía.

Cruzo el portal de la iglesia, salgo a la calle y me tropiezo de inmediato, otra vez, con la imagen del músico idealista, de firmes convicciones y vuelvo a evocar la estrofa:

Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarlo a la cara... U



Pau Casals



Antonio Machado